

VENTANAS DE PAPEL

JOSÉ LUIS GARCÍA MARTÍN
VERANO DE 1926

Los epistolarios de los escritores tienen muy desigual valor. En unos casos interesan solo a los admiradores más fetichistas. En otros son parte de su obra literaria, y en ocasiones la parte que menos envejece. Las *Cartas del verano de 1926* (Minúscula) se incluyen en ese segundo grupo de una manera especial. Marina Tsvietáieva, Borís Pasternak y Rainer Maria Rilke viven y escriben a tres bandas una fascinante novela epistolar. También son tres los editores –Konstantín Azadovski, Evgueni y Elena Pasternak–, coautores del libro con su división en capítulos y sus precisas soluciones de continuidad, y tres los traductores.

Selma Ancira ya lo había traducido en solitario hace más de tres décadas, a poco de su primera edición. Ha querido volver a hacerlo después de muchos años de pasión por la literatura rusa y especialmente por Tsvietáieva: «He aprendido a conocerla, a conocer su lenguaje y las exigencias de su poética. He afinado el oído, he descubierto sus preceptos y he seguido sus huellas».

La primera versión fue en solitario. Ahora ha preferido que las cartas en alemán las traduzca Adan Kovacsics y para los poemas contar con la colaboración de Francisco Segovia. El arte de la traducción, esa labor siempre mejorable, casi imposible e imprescindible, alcanza así uno de sus mayores logros.

Pero lo que más importa son estas prodigiosas cartas de admiración y amor. ¡Con qué pasión hablan de sus versos y de los ajenos! Con tanta pasión como lucidez e inteligencia. Imposible leerlas sin enamorarse de Marina Tsvietáieva, tan fascinante y desdichada. Un día le dijo a su mimado hijo Mur: «Soy un estorbo en tu camino y no quiero que sea así, habrá que eliminar ese obstáculo». «No estaría mal pensarlo», respondió el hijo, y se fue a dar una vuelta. Al volver, encontró a su madre ahorcada. Ni siquiera fue capaz de salvarla el recuerdo de aquel hermoso verano, perdido para siempre y para siempre presente en estas cartas.



EL LUGAR EXACTO

EL CANTAR DEL FUEGO

A. B. YEHOSHUA

Traducción de

Ana María Bejarano

Duomo. Barcelona, 2012

469 páginas, 21,80 euros

★★★★★



Para Abraham B. Yehoshua (Jerusalén, 1936), perteneciente a una quinta generación de judíos sefardíes asentados en Israel y autor de una extensa obra que incluye las novelas *Divorcio tardío*, *La novia liberada* o *Una mujer en Jerusalén*, la realidad social de su país tiene que reflejarse y aparecer viva en la literatura; una literatura comprometida con su tiempo. Experto en enlazar lo

íntimo y lo colectivo –difícil equilibrio al que se ha llamado despectivamente «literatura social»–, tanto él como los otros dos grandes maestros israelíes de la novela, Amos Oz y David Grossman, han sabido elevar a la categoría de arte esa estrecha y –en su caso, como escritores de Oriente Medio– casi insalvable conexión.

Con metáforas de muchas más cosas, como sucede siempre con este autor no estricta ni canónicamente realista al

uso, su última y magnífica narración, *El cantar del fuego*, a pesar de su aparente y mínimo relato, se abre sin cesar en un auténtico y apasionante campo, casi infinito, de asociaciones de actos e ideas, de conexiones y recuerdos, de extrañas resonancias y de repetidos y sorprendentes paralelismos o misterios ocultos.

A PESAR DE SU MÍNIMA TRAMA, ESTA NOVELA DE YEHOSHUA ES UN EXCELENTE RELATO TENTACULAR

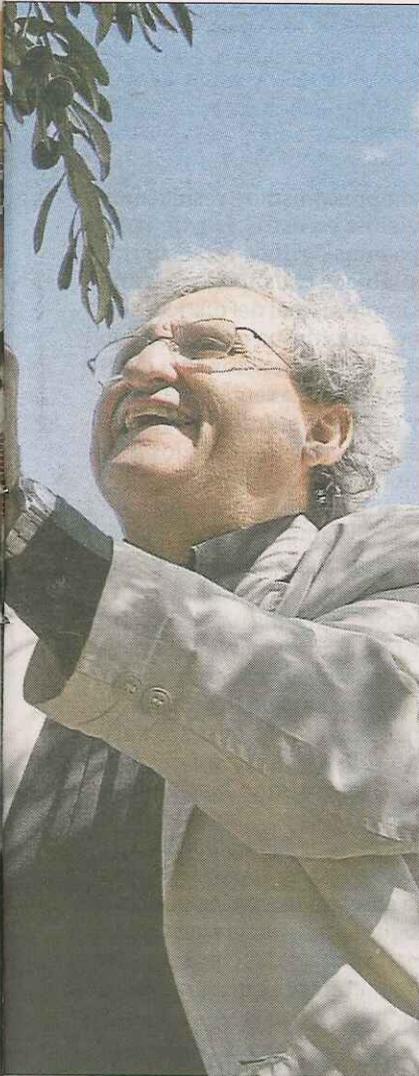
Una pareja que, tras treinta años de matrimonio, se sigue amando –Yaari, director de una empresa que instala ascensores en Tel Aviv, y su mujer, Daniela, profesora de inglés–, debe separarse por primera vez, al emprender ella, durante las fiestas de Janucá, un viaje a Tanzania para visitar a su cuñado, Yirmi, exdiplomático que ahora trabaja con unos antropólogos africanos.

Diálogo íntimo

Con el hábito que da la vida compartida durante tanto tiempo, un diálogo íntimo se establece enseguida dentro de la cabeza de cada cónyuge. Y lo hace durante los siete días que corresponden a las siete jornadas tanto del viaje como de la fiesta judía de Janucá.

Yirmi, viudo reciente de su hermana, al que Daniela va a consolar, perdió anteriormente a su hijo, soldado, en una desafortunada operación del ejército. La causa fue una bala perdida procedente de los suyos: el «fuego amigo». Algo, un sacrificio inútil y absurdo, que obsesiona a Yirmi y que es el punto de partida sobre el que Yehoshua teje su excelente relato tentacular.

Porque este



Frente común

El escritor israelí Abraham Yehoshua (junto a estas líneas, a la derecha de la imagen), al igual que su compatriota David Grossman (abajo), aboga por acabar con la ocupación de los territorios palestinos. En la foto inferior, una escena de la «intifada»

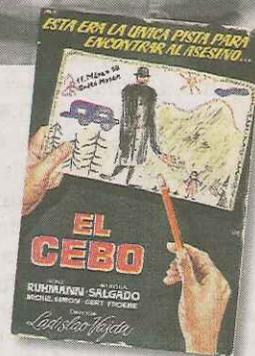
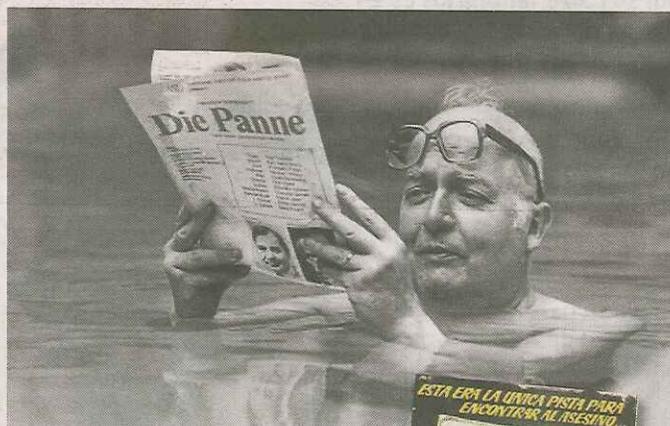


HACIA LA MUERTE

EL TÚNEL

FRIEDRICH DÜRRENMATT

Traducción y epílogo de Juan de Sola
Alpha Decay. Barcelona, 2012
104 páginas, 9 euros
★★★★★



Además de teatro, Dürrenmatt (arriba) escribió para radio y tv. Su novela «El cebo» fue adaptada al cine por Ladislao Vajda en 1958. El propio autor firmó el guión

Uno de los problemas más evidentes de la alegoría consiste en el hecho de que el comentario que propone al texto que le sirve de vehículo no es denotado particularmente, lo que lleva a que la interpretación de ese comentario sea siempre motivo de controversia. Así, en su magnífico epílogo a este texto de Friedrich Dürrenmatt, Juan de Sola prefiere leer el texto como «una parábola de la muerte», una lectura perfectamente plausible, aunque no la única, que puede hacerse de *El túnel*, cuya fuerza posiblemente radique (como la de todos los buenos textos) en la discrepancia que puede producir entre los lectores a la hora de fijar su sentido.

Tribu de Coré

El túnel narra la historia de un joven de veinticuatro años que, al realizar un trayecto en tren que para él es habitual, se sorprende descubriendo que el convoy se sumerge en un largo túnel del que ya no vuelve a salir en lo que resta de recorrido: el tren ha sido abandonado por

piezas teatrales *La visita de la vieja dama* (1956) y *Los físicos* (1962).

El hecho de que, a diferencia de sus contemporáneos, nosotros conozcamos ambas piezas (lo que constituye una ventaja, digamos, retrospectiva a la hora de leer *El túnel*) hace posible pensar en el texto ya no solo como en la «parábola de la muerte» de la que habla su traductor, sino también como en una alegoría de la Historia europea de la primera mitad del siglo XX y, particularmente, del rumbo que tomó la cultura germanoparlante con el ascenso al poder del nacionalsocialismo, la persecución y el asesinato de los judíos, la expulsión de los intelectuales y la Segunda Guerra Mundial. Allí están, para reforzar la hipótesis alegórica, el túnel y la oscuridad que no se acaban, la referencia a la tribu bíblica de Coré (tragada por el abismo), la indiferencia de los ocupantes del tren ante lo que es su insospechado final y la impotencia del protagonista.

Una línea en el agua

Ha vivido hasta entonces «a la espera del momento que acababa de llegar, el instante del hundimiento, de esa relajación repentina de la corteza terrestre, de ese fabuloso descenso a las entrañas de la tierra»; cuando este llega, ya no parece posible hacer nada. «Nosotros estábamos tan tranquilos en nuestros compartimentos e ignorábamos que todo estaba perdido [...]. No sospechábamos que nada hubiera cambiado, cuando en realidad el pozo ya nos acogía en sus entrañas», piensa el joven de veinticuatro años (la edad que tenía Dürrenmatt en 1945) que protagoniza el relato. *El túnel* es el testimonio de que, como escribió Walter Benjamin y recuerda De Sola, «no hay un solo documento de cultura que no sea al mismo tiempo de barbarie». «¿Qué podemos hacer?», pregunta el jefe del tren, y él responde: «Nada».

Una parte considerable de la obra del extraordinario Dürrenmatt (1921-1990) ofrece al lector el consuelo de que ciertos escritores fueron capaces de ir más allá de esa nada para dejar un testimonio, una línea en el agua que debe ser hecha una y otra vez y de forma incesante para que no se borre por completo, de que lo que nos salva puede potencialmente condenarnos.

PATRICIO PRON



es un libro que habla, sobre todo, de las secretas y casi invisibles conexiones que, inocentemente, algunos creen poder anular de un plumazo, huyendo y dejándolo «todo» atrás. Conexiones con un país —quemando los periódicos en hebreo, como hace Yirmi con los que le trae su cuñada, recién llegada de Tel Aviv—, o conexiones más vertiginosas, como las de los antropólogos de África para establecer cuándo se escindió el *Australopithecus boisei* —«la máquina de comer»— hasta llegar a convertirse en el *Homo sapiens*.

¿Es posible regresar al lugar donde sucedió «todo» practicando una especie de terapia personal del recuerdo? Eso es lo que intentará la protagonista, Daniela, «especialista número uno en mantenerse alejada del dolor y de la culpa», como dice su cuñado, al querer visitar el lu-

gar exacto —un mercado africano— en el que su hermana sufrió las primeras señales de su enfermedad.

Azotea palestina

Eso es también lo que intentó un día Yirmi, al arriesgarse a volver a la misma azotea palestina donde su hijo cayó víctima del «fuego amigo», confundido con un posible terrorista.

Todos, los vivos y los muertos —se nos viene a decir en esta novela—, tienen el deber y la responsabilidad —uno de los temas favoritos de Yehoshua— de hacerse cargo los unos de los otros. Así lo piensa Yaari, el marido de Daniela: «¿Qué es eso de desconectar? ¿Y qué quiere decir “desconectar de todo”? ¿Cómo se desconecta? Al final no queda más remedio que volver».

MERCEDES MONMANY